

El Matadero

Martín Kohan | Universidad de buenos aires

Pasó lo inesperado, lo imposible de pasar. La trajinada rutina de muerte y conteo, vale decir las faenas del matadero de Navarro, parecían destinadas a nunca interrumpirse. Algo se alteró, sin embargo, cuando promediaba octubre, y no en la densidad de la lluvia, ya que no abundó más que otras veces, sino en el temperamento de la tierra, que por alguna razón se tornó más arcillosa, y en consecuencia los caminos se anegaron. No hubo tractor y no hubo arena que fuesen capaces de revertir las obstrucciones del agua acumulada. Ningún camión podía transitar esos caminos, y menos si trasportaba peso. Se arriesgaría a estancarse o a ladearse, a hundirse o a resbalar. Hubo que interrumpir las actividades.

Existe cierta sabiduría, especialmente en áreas rurales, que recomienda la espera como un don o una virtud. Pero habiendo pérdida de dinero de por medio, se estila desestimar semejante sabiduría (también en el campo, o sobre todo en el campo). Si el matadero de Navarro quedaba descartado por el momento, era imprescindible recurrir a otro cuanto antes. El que estaba más próximo, o en todo caso el que estaba más próximo y se declaró disponible, quedaba en las afueras de Vedia, a más de doscientos kilómetros. Incluso contemplando el aumento en el costo de transporte, convenía esa variante.

La mayor distancia a recorrer impuso, eso sí, que se descartara el empleo de los camiones habituales. Fue por eso que, a media tarde, alguien pasó por la zona de los tinglados y le pidió a un chico del lugar que lo ubicara pronto a Heredia. Heredia contaba con unos de esos camiones de gran porte y frente plano, con el que habitualmente transportaba espesas maquinarias dispuestas en un acoplado doble. Esto otro se presentaba más simple (el que lo buscó le habló de “changa”) y no le llevaría más que una jornada. Fue por eso, y porque la paga era doble, que Heredia aceptó

Tardaron más de la cuenta, sin embargo, en desanudar un acoplado y adosar otro a la cabina anaranjada, y en hacer que los animales se apretaran y se acomodaran arriba. El viaje a Vedia, que debía comenzar junto con la noche, se postergó hasta después de las doce. Heredia procuró que ese incordio sirviera para mejorar su paga, pero no obtuvo más que una promesa difusa cuyo incumplimiento adivinó. Salió más tarde de lo pensado y llegaría más tarde de lo pensado: no en plena noche, anticipándose al amanecer, sino con el día ya empezado. Intentó fastidiarse por este cambio de planes, pero no lo consiguió. De todas

EMISFÉRICA

maneras, cuando todo estuvo listo, puso en marcha el camión y se fue sin saludar.

A poco de empezar el viaje, sintió el principio del sueño. Sólo en la primera parte del sopor y la tibieza le sirvió de algo sacar la mano izquierda por la ventanilla y dejarla expuesta al roce de la intemperie. Después ya no. Y después llegó a otro punto, más intenso y más inquietante: no que le fuese imposible permanecer despierto, sino que dejarse vencer y dormirse ya no le importara en absoluto. Fue entonces que decidió parar.

A mano derecha se presentó una estación de servicio extremadamente precaria, de la que tanto podía pensarse que estaba en funcionamiento como que estaba abandonada. Pero Heredia ya había pisado por dos veces, y acaso tres, la línea interrumpida que en la ruta dividía manos contrarias, y eso determinó que le pareciese adecuado el claro que había entre la arboleda y la magra construcción de luces mustias y chapa irregular. Se salió del camino y estacionó el camión.

A pesar de la mucha lluvia que había habido en el último tiempo, el cielo lucía opaco y se notaba que en cualquier momento podía llegar a caer agua otra vez. Heredia tenía, en la parte de atrás de la cabina, una especie de cucheta que no le merecía objeciones y que, en caso de suma fatiga, hasta podía parecerle confortable. Se acomodó ahí, sumido en dos cobijas, con la convicción de que el sueño lo ganaría pronto. Alcanzó a pensar que las cortinas azules dispuestas sobre las ventanas velaban aceptablemente las pocas luces que había afuera. Pensó que se dormía, que ya se dormía. Pero algo pasaba, y no se durmió.

Era el rumor, era un rumor, lo que empezó a perturbarlo. Hasta no acurrucarse y cerrar los ojos no lo había notado. Ahora, en el silencio, en la quietud, no podía dejar de sentirlo. Era un rumor, un movimiento contenido, era una presencia. Se asomó a ver si algún otro camión llegaba o si ya estaba detenido a corta distancia, pero no había nada. Se fijó en la estación de servicio si acaso alguien había aparecido y la encontró tan desolada como antes, al llegar. Se preguntó si alguien estaría merodeando tal vez el camión con la idea de robarlo, como a veces pasaba cuando la carga era onerosa, pero a poco de reflexionar estableció que lo que distinguía no eran pasos, ni acecho, ni sigilo. El rumor existía en el propio camión, y no fuera de él.

Acostumbrado a llevar tan sólo amasijos de hierro y acero, Heredia entendió que lo que ahora percibía era la presencia de los animales. Ahora que el camión estaba frenado, ahora que él se inclinaba y procuraba perderse en su improvisada oscuridad, la vida de los animales ahí atrás se hacía evidente. Unos contra otros, acumulados, amasijo ellos también, pero no de materia inerte, se hacían sentir. El mismo peso apretado de siempre, sólo que esta vez con vida.

EMISFÉRICA

Heredia supuso que, una vez encontrada la explicación, podría por fin dormirse. Pero pasó al revés, justo al revés: fue la explicación lo que terminó de desvelarlo. En vez del cansancio, el ardor en los ojos, la espesura de las piernas, el sopor, en vez de la tibieza del abrigo bien dispuesto, en vez de la noche desabrida afuera, sentía a los animales: solamente a los animales. Los animales despiertos, que lo dejaban despierto.

No podía dormir, pero tampoco podía manejar. Sólo podía quedarse ahí, inmóvil, vuelto un sensor que detectaba toda la vida que estaba apiñada ahí atrás. No podía dormirse y no iba a poder dormirse, estaba condenado a la desprotección de la vigilia. Añoró sus otros viajes, esos en que le tocaba llevar automóviles, o piezas de tractor, o vigas de acero, o rieles. Quiso distraerse con la radio y no pudo. Quiso zafarse del murmullo y de la leve vibración, y no pudo. Determinó engañarse con la ilusión de que no tenía sueño sino hambre, y que era el hambre lo que no lo dejaba dormir. Entonces se bajó del camión y se acercó hasta la estación de servicio que había tomado como referencia.

Ahí encontró un viejo y dos perros, y nada para comer o tomar. Pero el viejo supo decirle de un lugar que quedaba a poco más de quinientos metros. Heredia se asomó y vio ese resplandor, que antes había omitido, un poco más allá. Extrañamente decidió arrimarse a pie y no con el camión. Dejó el camión donde estaba y caminó, algo gozoso, por el costado de la ruta. No le importaba que pudiera ponerse a llover.

Dos autos pasaron, y un micro. Cuando faltaban cien metros para llegar al lugar que prometía comida, una mujer sin signos de cansancio lo convidó. Heredia no dejó de enfilar hacia la otra luz, donde otros camiones reposaban. Una vez en el lugar se procuró un vaso de vino y un poco de carne puesta al descuido entre dos panes blandos. Imaginó que estaba contento, o por lo menos aliviado, pero lo cierto es que, al hacer el intento de afrontar la escasa cena, descubrió que no estaba en condiciones de tragar. De repente se alarmó, y no por temor a un robo, pensando que había abandonado a los animales solos.

Entonces apuró un trago y desechó la comida, salió pronto a la noche y encaró el regreso adonde estaba estacionado su camión. Primero caminó con prisa, después trotó, después corrió. Salvó otra vez los más de quinientos metros hasta el camión como quien llega a su casa al cabo de un viaje tan largo como peligroso; como si el camión fuese la conjura de los viajes y no una de sus herramientas habituales. Heredia se guareció en la cabina y después en la cama precaria de la parte posterior. Era su refugio. Los animales seguían ahí. Los sintió otra vez temblar y emitir quejas calladas. No decían algo, no decían nada; solamente estaban ahí. La masa de bestias, la masa de vida: su cargamento.

EMISFÉRICA

En eso hubo un par de leves golpes, dados con una llave o con el borde de una moneda, contra el vidrio de la puerta del camión. Heredia quiso saber y entrevió por una ranura de las cortinas azules. La mujer de la ruta lo había seguido. Por veinte pesos, eso le hacía entender por señas, se ofrecía a subir con él al camión. Heredia la desechó primero y la admitió después. No se había fijado en ella al cruzarla en el costado del camino, tampoco al asomarse desde la cabina, ni tampoco al permitirle que subiera. No le importaba. Tardó pocos minutos en comprobar su falta de entusiasmo (la reconoció al instante: era igual a la falta de sueño y a la falta de apetito que había sentido antes).

El cuerpo de la mujer no le resultaba insuficiente; más bien lo contrario: lo incordiaba en demasía. Ella mientras tanto, muy ajena o muy pendiente, no dejaba de chillar y de reír. Entonces Heredia le pidió que se callara y que sintiera a los animales. Los animales que estaban ahí atrás, apenas ahí atrás.

Ella no pareció entender, algo dijo, puede que un chiste, se volvió a reír, se echó sobre Heredia. Él insistió con el silencio y la quietud, insistió con los animales, pero la mujer no comprendía. Sin desazón y sin enojo, apenas resignado, Heredia decidió que se fuera. La echó sin por eso ofenderla; a ella nada le importó, toda vez que apretaba en un puño los dos billetes de diez pesos.

Heredia se quedó de vuelta solo. Solo no: con los animales (de haberse sentido solo, se habría dormido). Se abocó otra vez al rumor nocturno, al camión que, completamente frenado, no quedaba sin embargo del todo inmóvil. Imaginó el aspecto oscuro de las reses, concibió su entrevero impensado, calculó el estado de las patas afirmadas en el piso, conjeturó un olor. Terminada esta parte puramente especulativa, Heredia volvió a incorporarse, a escapar de la cama y a saltar del camión al suelo. Sólo que esta vez no encaró hacia la estación de servicio, ni tampoco hacia el otro conglomerado de luces, ni mucho menos fue, como acaso lo habría hecho otro, detrás de la mujer a la que acababa de despedir. Heredia bajó, dio una vuelta y avanzó hacia la parte trasera del camión. No le importó la bosta derramada: afirmó un pie y una mano, y después la otra mano, y después el otro pie, y se trepó al acoplado. Desde allí pudo ver muy bien a los animales reunidos. Los vio de cerca, los vio en detalle. Vio el temblor ocasional de una oreja suelta, vio las esferas excesivas de los ojos bien abiertos, vio la espuma de las bocas, vio los lomos. Vio cueros lisos y manchados, vio la espera absoluta. No vio lo que imaginaba: un montón de animales con vida, sino otra cosa que en parte se parecía y en parte no: vio un puñado de animales a los que iban a matar muy pronto. Esa inminencia es lo que vio, y lo que antes presentía: la pronta picana que obligaría al movimiento, el mazazo en pleno cráneo, la precisión de una cuchilla, las labores del desuello. Estiró una mano y palpó una parte de un cuerpo fornido, como si con eso pudiese certificar la ignorancia y la inocencia de todo su cargamento. Ahí el futuro no existía.

Regresó a la cabina y a la cama presunta. Ya no quiso dormir. Se apretó los oídos con las

EMISFÉRICA

manos y los dientes con los dientes. Apoyó los dos pies contra el borde de chapa y pateó. Puede que una vez, una sola vez, haya gritado. Giró y se puso boca abajo, usó lo que tenía de almohada para taparse la cabeza. Se acordó de la última vez que había llorado en su vida, años atrás.

De repente notó que el azul de una cortina había virado al celeste. Estaba empezando a amanecer. Recibió la noticia de la salida del sol con el alivio del que llegó a suponer que ese hecho podría no producirse. Impulsado por la claridad del cielo, que no tardó en aumentar, pasó a la parte delantera de la cabina, se acomodó en el asiento y afirmó las dos manos en el volante. Como pasa siempre, o casi siempre, en estos casos, el aspecto de la estación de servicio era completamente otro.

Heredia puso en marcha el motor y se asomó a la ruta. Al ver que nadie se acercaba, arrancó. Fue grato sentir, bajo el giro de las ruedas, el paso de la tierra al asfalto del camino. Saludó con la bocina al viejo de la noche anterior. Tomó cierta velocidad en la lisura de la ruta. El día estaba despejado. En tres horas más o menos, cuatro a lo sumo, estaría llegando al matadero.

Martín Kohan nació en Buenos Aires en enero de 1967. Enseña teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Publicó tres libros de ensayo: *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (en colaboración) (1998), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004) y *Narrar a San Martín* (2005); dos libros de cuentos: *Muero contento* (1994) y *Una pena extraordinaria* (1998); y nueve novelas: *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1996), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2007), *Cuentas pendientes* (2010) y *Bahía Blanca* (2012).